

RUIPONCE

Érase una vez un matrimonio que, después de esperar durante varios años la llegada de un hijo, vio por fin cumplidos sus deseos.

Vivía el matrimonio en una casa cuya ventana trasera daba a un espléndido jardín, lleno de flores y plantas hermosísimas, pero rodeado por un alto muro que nadie se atrevía a escalar, pues su dueña era una bruja a la que todos tenían mucho miedo.

Un día, la mujer se asomó, como de costumbre, a la ventana y, mirando hacia el jardín, descubrió unos verdes y frescos ruiponces, muy parecidos a unas lechugas grandes. De inmediato, sintió enormes ganas de comérselos, pero como sabía que sería muy difícil conseguirlos, comenzó a ponerse muy triste y demacrada. El marido, al verla así, le preguntó:

- ¿Qué te ocurre, querida esposa? ¿Por qué estás tan triste?

- ¡Ay, esposo mío! –le respondió ella-. ¡Tengo tantas ganas de comerme esos ruiponces que he visto en el jardín de la bruja que, si no los como, me moriré!

El hombre, que quería muchísimo a su mujer, decidió hacer lo posible y lo imposible antes que dejarla morir por un simple antojo. Y así, al atardecer, trepó por el muro del jardín y le cogió el más fresco y apetitoso ruiponce, con el que su mujer se preparó inmediatamente una deliciosa ensalada. Y tanto le gustó, que le pidió al hombre que volviera por otro al día siguiente. Así lo hizo el complaciente marido, pero esta vez, al descender por el muro, se encontró con la bruja.

- ¿Cómo te atreves a entrar en mi jardín y a robarme los ruiponces? –le gritó furiosa- ¡Pagarás muy cara tu osadía!

- ¡Perdonadme, buena..., buena señora! –acertó a pronunciar el hombre.- ¡No quiero que mi mujer se muera de un antojo! Y le explicó por qué necesitaba coger los ruiponces.

- Si es así –le dijo la bruja-, te permitiré que te los lleves todos. Pero con una condición: tendrás que darme al hijo que esperáis; te prometo que lo cuidaré

como si fuera su madre.

El hombre, por miedo, lo aceptó todo, y cuando su mujer dio a luz a una niña, se la entregó a la hechicera, que le puso por nombre Ruiponce.

Era Ruiponce la niña más hermosa que había bajo el sol. Al cumplir los doce años, la bruja la condujo hasta lo más espeso del bosque y la encerró en una torre que no tenía ni puerta ni escaleras; solamente una pequeña ventana en la parte más alta. Cuando la bruja quería entrar, gritaba desde abajo:

*Ruiponce, Ruiponce,
deja caer tus cabellos
y subiré por ellos.*

La niña, entonces, anudaba sus largas y rubias trenzas al pestillo de la ventana, las dejaba caer hasta el suelo y la bruja trepaba por ellas.

Pocos años después, pasó por aquel bosque el hijo del rey y oyó el dulce canto con el que Ruiponce mataba su soledad. Intentó entrar en la torre, pero no encontró puerta alguna. Aún así, cautivado por tan melodiosa voz, el príncipe volvía allí todas las tardes..., hasta que, por fin un día escondido detrás de un árbol, vio a la bruja pronunciar las palabras mágicas y trepar por los cabellos.

Cuando la bruja se fue, el príncipe probó suerte:

*Ruiponce, Ruiponce,
deja caer tus cabellos
y subiré por ellos.*

Inmediatamente cayeron las trenzas y el príncipe subió por ellas. Ruiponce, al principio, se asustó, pues no había visto nunca a un hombre. Pero aquel joven era tan guapo y tan amable que, cuando le pidió que fuera su esposa, ella aceptó:

- Me iré encantada contigo, pero no sé cómo bajar. Cada vez que vengas, tráeme un cordón de seda para que pueda ir trenzando una escalera. Cuando lo haya acabado, bajaré por ella y me llevarás cabalgando a tu palacio.

Así lo hizo el príncipe, noche tras noche, evitando ser visto por la bruja. Pero un mal día, la bruja lo descubrió todo:

- ¡Ingrata, desagradecida! –gritó la bruja-. ¡Creí que te había encerrado lejos del mundo y resulta que me has engañado!

Fuera de sí, la bruja cogió unas grandes tijeras y le cortó sus hermosas trenzas. No contenta con eso, condujo a la muchacha hasta un desierto y allí la abandonó en la más absoluta miseria.

Cuando, al día siguiente, el príncipe llegó a la torre y pronunció las palabras mágicas, la hechicera ató las trenzas de la muchacha a la ventana para que pudiera subir como de costumbre.

- ¡Tu pajarito ha volado del nido! –rió la bruja al ver entrar al príncipe.- ¡Nunca más volverás a verla!

Entonces, enloquecido de dolor, el príncipe se tiró de la torre. No se mató pero los espinos sobre los que cayó se le clavaron en los ojos y se quedó ciego. Y así, durante varios años, vagó de un lado a otro por el bosque, alimentándose de raíces y llorando desconsoladamente por la pérdida de su amada. Hasta que un día, casualmente, llegó al desierto en el que Ruiponce vivía.

Nada más oír su voz, Ruiponce le reconoció y se le echó al cuello llorando. Dos de sus lágrimas humedecieron los ojos del príncipe, que recobraron de nuevo la luz.

Ruiponce y el príncipe se marcharon para su reino, donde fueron recibidos con una gran alegría y vivieron felices durante muchos, muchos años.

Contesta las siguientes preguntas

- 1.- ¿Qué espera el matrimonio durante largos años?
- 2.- ¿De qué estaba rodeada la casa del matrimonio?
- 3.- ¿A qué se parecen los ruiponces?
- 4.- ¿Qué quería la mujer comerse?
- 5.- ¿Por qué estaba triste la mujer?
- 6.- ¿Qué hizo el marido para que su esposa no muriera de pena?
- 7.- ¿Qué hizo la mujer con el ruiponce que cogió su marido?
- 8.- ¿Con quién se encuentra el marido mientras coge el ruiponce?
- 9.- ¿Qué trato hace con la bruja el marido?
- 10.- ¿Dónde vivía Ruiponce?
- 11.- ¿Quién la encerró allí?
- 12.- ¿Cómo se podía subir a la torre?
- 13.- ¿Quién descubre que Ruiponce está encerrada?
- 14.- ¿Qué le pide Ruiponce al príncipe que le lleve para bajar de la torre?
- 15.- ¿Qué ocurre cuando la bruja descubre al príncipe?
- 16.- ¿Dónde se lleva a Ruiponce?
- 17.- ¿Qué le ocurre al príncipe al caer de la torre?
- 18.- ¿De qué se alimentaba el príncipe en el bosque?
- 19.- ¿Cómo se cura el príncipe de su ceguera?
- 20.- ¿Dónde se van Ruiponce y el príncipe?